

En su deslucido vagón de primera clase, el próspero comerciante de frutas se sentó solo. Del cuello de su grueso abrigo de friso sobresalía una nariz triangular. A cada lado, un pequeño ojo negro y sombrío miraba distraídamente uno de los botones del asiento vacío, tapizado en azul, frente a él. Su aliento extendía un vapor que se desvanecía en el aire. Se incorporó de golpe, congelado en su cuerpo, caliente en su mente, con su ojo ciego fijo en ese botón de tela, ese perno. No había nada más que mirar, por la sencilla razón de que las seis ventanas estrechas estaban cubiertas de escarcha.

Solo, sus pensamientos eran su compañía. Y sus pensamientos no eran de satisfacción ni de placer. Su cabeza cuadrada y dura no era más que una olla llena de irritación, desprecio y descontento. ¿Por qué su medio hermano lo había invitado justo ahora, con un clima tan triste? La ira casi brilló en su mente mientras consideraba la intención de su viaje, y lo que probablemente sería su final. Doce años sólidos, aunque fugaces, lo separaron de su último encuentro con su medio hermano durante la carga de un barco que transportaba naranjas y limones exóticos, piñas, higos en caja y granadas sonrojadas. En ese mismo momento, tres buques navegaban por los canales del mundo con cargas de las cuales él era el consignatario principal.

Estiró las piernas y cruzó los pies. Era un hombre sustancial. No había nada fantástico sobre él. Sentía que debía cumplir con ingratitud aquella oferta amistosa y pelear con el único pariente en la tierra que lo había mantenido fuera de su trabajo, y cuyo hogar había jurado no volver a pisar. Sin embargo, aquí estaba.

Después de haberse lavado las manos de todo aquel asunto, debió haberlas mantenido limpias. En cambio, las metió más profundamente en sus bolsillos espaciosos y le preguntó a Dios cuándo su viaje llegaría a su fin.

No era un motivo caritativo, amistoso ni sentimental, lo que lo impulsaba. Un medio hermano, y particularmente si este te debe cien libras, no tiene por qué recibir un trato distinto, y menos aún alguien con quien se sonríe pensando en los Auld lang syne. No había nada en común entre los dos, excepto un padre, ahora veinticinco años en la tumba, y un préstamo que nunca se pagaría.

Esa fue la característica más irritante de la situación. En su propio periódico matutino, el comerciante de frutas había recibido un simple grabado en madera, rubricado como

P. P., junto con noventa y siete guineas: ¡sesenta y ocho cajas de excelentes naranjas de Denia a treinta chelines por caja! ¡Qué diablos! Sus pequeños ojos parecían congestionarse y, al mismo tiempo, sobresalir de sus cuencas.

P.P. podría significar parásito perfecto; y, sin embargo, seguía siendo familia. No podías darle a un medio hermano que no te hubiera enviado una sola palabra de saludo en doce años, fugaces y prósperos, un término como ese. Incluso si te debía cien libras. Incluso si no tuviera el más mínimo deseo de recordarte el hecho. No es que el comerciante de frutas quisiera sus cien libras. No era un cobrador de deudas. Era una cuestión de principios.

Y estaba la cuestión del árbol. ¡El árbol!

La sola idea barrió una nube de ira palpitante sobre sus ojos. Una insolencia tranquila que podría haber perdonado, y casi olvidado, pero el simple recordatorio de esa conversación sobre el árbol nunca dejaba de enfurecerlo. Lo enfurecía ahora porque sabía, incluso si no se lo confesaba abiertamente, que este era el señuelo que lo arrastraba en estas cincuenta y tres millas interminables en una tarde helada y horrible.

¡El árbol! Nunca en toda su vida se había encontrado con semejante exhibición de locura pura y cruda a mediados del verano. Y, sin embargo, con cada centímetro de su viaje, el recuerdo creció sobre él. No podía sacarlo de su cabeza. Curiosidad, resentimiento, venganza, una astucia fría y rastrera, una cantidad de emociones en conflicto, zigzagueando de un lado a otro en su mente. Su cuerpo se puso rígido ante una idea: le tenía miedo al árbol.

Cuando finalmente tratas con un pariente que ha sido una plaga para ti toda tu vida, lo único que no buscas es una interferencia de ese tipo.

No podía negarlo, el árbol lo había impresionado. En el momento en que pensó en su hermano, en el país, incluso en su infancia, allí estaba. Le había impresionado tanto que el botón tapizado ahora había desaparecido por completo, y parecía estar realmente en presencia del árbol nuevamente. Lo vio tan vívidamente como si su imagen colgara ante sus propios ojos, allí en el aire ligeramente templado de su compartimento solitario. La experiencia lo llenó de una avalancha de aversión y resentimiento tan repentina que la voz del guardia que cantaba el nombre de su destino lo alcanzó justo a tiempo para obligarlo a bajar frenéticamente su ventana congelada y arrojarle del tren.

Una mirada apresurada a su alrededor mostró que era el único viajero que se posó sobre las maderas heladas de la oscura y pequeña estación. Un leve color de rosa en el oeste predijo el declive del día invernal. Los abetos que flanqueaban el lúgubre cobertizo de pasajeros de la plataforma ya estaban cargados con la oscuridad de la

noche.

Era anciano, era obeso, su corazón no era demasiado fuerte, al menos en comparación con su cabeza; sin embargo, si quería tomar el último tren a casa, apenas tenía dos horas para llegar a la miserable casita de su medio hermano, felicitarlo por sus guineas, negarse a aceptar el reembolso de su préstamo, y burlarse de su árbol, para volver a la estación.

Un ladrido a un joven portero con guantes, con la boca entreabierta sobre sus largos dientes, lo envió a buscar un medio de transporte. El comerciante de frutas estaba parado debajo del cobertizo, con su abrigo de friso y su sombrero cuadrado y rígido, mientras veía el tren deslizarse fuera de la estación. El chirrido de su motor, que se elevaba en el aire sin viento, había expresado exactamente sus propios sentimientos.

No había un ser vivo a la vista sobre el cual respirar una maldición. Solo él mismo, un ser que había estado maldiciendo vagamente a lo largo de su tedioso viaje. El paisaje helado yacía blanco en el día agonizante. El sol colgaba como la yema de un huevo sobre el horizonte quieto. Alguna amenaza en el aspecto mismo de este objeto huraño insinuó que el P. P. podría haber cruzado la frontera. La idea se desvió hacia canales más accidentados: la conversación que había tenido la intención de entablar con su medio hermano. En otras palabras, le daría al tonto un poco de su mente.

El hecho era que su última disputa, si algo tan unilateral podría llamarse una disputa, había teñido la perspectiva del comerciante de frutas mucho más densamente de lo que hasta ahora habría confesado.

Ninguna criatura viviente, ningún sonido, agitó el aire. El país yacía frío, como desmayado. Y como un plato invertido, poco profundo, un cielo calmado se curvó sobre la quietud ininterrumpida de los campos. Su amplia barbilla hendida se metió en su bufanda, sus manos en sus bolsillos; solo se quedó allí parado, mirando con sus pequeños ojos negros. No era el mejor lugar para quedar varado, rodeado por campos estériles, fríos, y sin una sola alma a la vista.

Ante el sonido de las ruedas y los cascos tosió, indignado, y giró sobre sus talones. Con un gesto de desdén, el comerciante de frutas arrojó un chelín agriamente a la mano de nudillos inmensos del porteador. Era como un animalito cauteloso y oscuro. Cuando se le dio la dirección, su rostro cayó en una expresión indescriptible debajo de sus bigotes, una expresión, al parecer, que era su aproximación más cercana a una sonrisa.

—Y no le des descanso al caballo —dijo el comerciante.

Un vagón de ferrocarril, incluso los más antiguos, con los vidrios opacos por la escarcha, es un poco menos parecido a una celda de prisión que un coche de cuatro

ruedas. Por esa razón, tal vez, cuando el vehículo se deslizó debajo de los brumosos olmos sin hojas, permitió que el aire gélido entrara suavemente por la ventanilla. Aun con ese fresco sobre el rostro, el comerciante de frutas se empeñó en recordar cada incidente de su última experiencia en este mismo camino.

Había sido verano: junio. Había sido doce años más joven, una buena cantidad, y tal vez por eso no advirtió que estaba particularmente indefenso.

La reunión con su medio hermano en el pequeño jardín blanco había sido casi amistosa. Tan amistosa que difícilmente se suponía que estuvieran relacionados de manera desagradable entre sí. No se percibía ninguna recriminación, ningún encono. No es que P.P. fuera el tipo de persona que uno se apresura a presentar a sus amigos. No solo nunca sabías qué diría; ni siquiera estabas seguro de lo que podría hacer.

No es que los dos medios hermanos hayan discutido juntos sus objetivos e intenciones e ideas sobre la vida, sus deseos o motivos, esperanzas, aversiones, aprehensiones o prejuicios. El comerciante de frutas tenía su parte justa de la mayoría de estos incentivos humanos, pero también tenía principios, y uno de ellos era mantener la boca cerrada.

Se habían visto, se habían dado la mano, habían intercambiado comentarios sobre el clima. Luego, P.P., con su chaqueta y zapatillas deshilachadas, lo había llevado sin rumbo al jardín con una cara inexpresiva, había dejado caer algunos comentarios distantes sobre su pasado común y luego, rodeado como estaban por el paisaje, los olores y los ruidos del verano, había metido las manos anudadas en los bolsillos de sus pantalones y se había quedado callado, sus ojos grises y vacíos fijos en el árbol.

Aparte de un grupo de olmos en la distancia, no había nada a la vista que lo desafiara por su belleza, tamaño y posición. El árbol se elevaba al cielo prodigiosamente, con sus hojas largas, oscuras, verdes y puntiagudas. Se alzaba, desde la primera rama hasta el ápice, una fuente inmóvil y somnolienta de flores.

Había mirado melancólicamente a su alrededor. El jardín era un desperdicio, los setos sin podar, un crecimiento de malezas rancias y lujuriosas hacían alarde de sus flores al sol. Y este árbol, bueno, debía haber estado floreciendo aquí durante siglos. P.P. ni siquiera podía ponerle un nombre, sin embargo, por la expresión fija, idiota y soñadora en su rostro, podría haber supuesto que era un regalo del cielo; como si la cosa hubiese surgido del suelo por pura magia.

Un zumbido bajo llenaba el aire, y la luz reflejada aturdió sus ojos. Una sensación de desmayo momentáneo se apoderó de él cuando se volvió una vez más y miró de nuevo la cara larga y huesuda de su medio hermano: los ojos ausentes, la mejilla prominente y el cabello canoso moteado por la luz del sol.

—¿Cómo sabes que es único? —había preguntado—. Puede ser tan común como las moras en otras partes del país, o en el extranjero. Uno de los oficiales en el catamarán me dijo...

—No sé —su medio hermano lo había interrumpido—. Pero he estado mirando árboles toda mi vida. Esto se parece a todo, y me recuerda a ninguno. Además, no voy al extranjero, al menos por el momento.

El comerciante de frutas simplemente se quedó allí, entre las flores y los pastos, mirando hacia las ramas extendidas, casi involuntariamente sacudiendo su cabeza ante la dulzura penetrante que colgaba del aire, densa y enfermiza. Y los viejos síntomas familiares comenzaron a agitarse en él, síntomas que sus íntimos podrían haber descrito con una sola palabra: furia.

Ciertamente el árbol era notable.

Por un lado, tenía dos tipos distintos de flor. La circular, llena y lechosa en forma de cáliz, con racimos de pistilos de punta escarlata; el otro un óvalo amarillo pálido, de tres pétalos, con un toque central de naranja. Había escondido subrepticamente un par de flores caídas en su bolsillo, las había sacado en su oficina a la mañana siguiente para mostrárselas a su socio, solo para encontrarlas negras, viscosas e irreconocibles, y para reírse por sus dolores.

—¿Son comestibles? —había preguntado a su medio hermano.

Ante lo cual, con la leve sonrisa en su rostro que había enfurecido al comerciante de frutas incluso cuando era niño, el otro simplemente se encogió de hombros.

—¿Por qué no probarlo con los cerdos?

—No tengo cerdos.

—Bueno, ¿no hay pájaros en estas partes?

—El árbol trae los suyos.

No se podía negar, al menos en lo que respecta al pequeño conocimiento ornitológico del comerciante de frutas, que no eran aves comunes. Tenían un brillo verdoso particularmente vivo que contrastaba con el azul profundo del cielo y el ocre de las montañas. Pequeños pájaros, con plumas inusualmente largas y atenuadas, jugando, revoloteando, balbuceando, cortejando y aparentemente bebiendo el néctar embriagador de las flores, mientras se posaban como gemas animadas en las ramas.

—¡Escucha!

Una serie de cantos desbordaron desde la copa del árbol, como los gritos y las risas que podrían oírse en un parque cuando los niños son liberados repentinamente para unas inesperadas vacaciones.

El ruido de las criaturas aún resonaba en sus oídos mientras se sentó allí, balanceándose de forma voluminosa. Vio un escarabajo iridiscente, azul, un tipo de abejorro con cuernos, una mariquita moteada, todos ellos viviendo sus vidas en los alrededores del árbol. Persiguió con la mirada un par de mariposas exóticas por la ladera del jardín, y había señalado pequeños grupos de flores de color azafrán, y una mala hierba desgarrada con un grupo de florecillas negras en forma de casco. No vio nada que tuviese precedentes en su memoria. Todo era tan raro, tan único, como el árbol mismo.

—El árbol ha traído sus propias alimañas, ¿verdad?

—Me ha traído —dijo el otro, mirando en la dirección opuesta.

—¿Y dónde crías tus tomates, alcachofas, todas tus verduras? Me parece un maldito desperdicio de tierra.

Los ojos errantes, grisáceos, se habían posado por un momento en la cara hinchada y despectiva a unos centímetros debajo de ellos, una cara sin el más leve signo de inteligencia. Ojos vacíos, pero con un toque de peligro en ellos, como un charco de agua verde en una vieja cantera.

—Tendrás una canasta de la fruta, si la arriesgas a subir. Nunca madura realmente. Sus semillas tienen un aspecto extraño.

—¿Las has probado?

Los ojos se deslizaron, los hombros estrechos se levantaron un poco.

—Tomo las cosas como vienen.

Sentados allí, a cada lado de la mesa de la sala de estar, sobre un almuerzo de pan, queso seco y cebolla, con la luz del árbol reflejada en la cara de su medio hermano, que la conversación entre los dos se había degenerado gradualmente hacia un altercado.

Finalmente, el comerciante de frutas perdió completamente los estribos. Una mermelada medio vacía, llena de abejas extrañas, nunca antes vistas, fueron la gota que rebalsó el vaso. Literalmente lo habían picado al repetir algunas verdades fraternales. Después de todo, someterse a estar medio muerto de hambre simplemente

porque nadie con dinero para desperdiciar compraba sus dibujos, y solo sentarse allí, soñadoramente, sonriendo a un árbol en su jardín trasero, era absurdo.

El comerciante de frutas instintivamente pasó una mano fría y gorda por su rostro cuando un recuerdo cada vez más preciso ocupó su mente. El silencio puede ser insultante, y había una cosa sobre su medio hermano peor que todas sus peculiaridades juntas, algo que nunca había fallado en reducirlo a una indignación impotente: sus ojos. Nunca te veían, incluso cuando se fijaban sobre ti. Veían algo más, algo más allá.

¡Y esas manos! Podrías jurar que nunca habían tenido un solo día de trabajo honesto. Ver esas manos le había facilitado al comerciante de frutas deslizarse hacia un estado de ánimo vecino de la ira. En ese momento, le llegó voz baja y desapasionada de su hermano.

Dijo algo sobre haber encontrado su propio lugar, y que allí tenía la intención de quedarse. Antes de sentarse en un taburete escribiendo facturas de cajas de naranjas y piñas, se colgaría de las ramas más altas del árbol. Tenías que llevar tu propia vida, y no importaba si eso conducía a una vida de privaciones, o incluso a la muerte. Tampoco le hizo reclamos, porque su opinión era que cada persona era distinta, y que el afecto consiste en conocer y respetar esas diferencias.

—¿Así que eso es lo que esperas obtener de tu viejo arbusto de abejas? —dijo el comerciante—. ¿Dibujar garabatos?

Una vez más había golpeado su enorme puño sobre la mesa. A continuación volvió a hablar:

—Mira, te daré cien libras aquí y ahora. No quiero que haya ningún reclamo en el futuro. Ni siquiera compartimos la misma madre. Nunca has ganado un centavo decente en tu vida, y nunca lo harás. Eres un tonto y un holgazán. Estoy harto de eso, ¿lo oyes? Te sientas allí lloriqueando que prefieres colgar tu miserable cadáver de un árbol antes que tomar un trabajo respetable. Y debo decir que tu cuerpo no romperá las ramas si este es el tipo de comida que le puedes dar a un visitante. Ya he terminado contigo, me lavo las manos.

Había incluso pantomimado la operación, frotándose las manos. Entonces contuvo el aliento, mientras observaba por la ventana oblonga, los ojos fijos en los setos más allá. Se insinuó un viejo recuerdo, un viejo dolor.

—¿Escuchaste? Me voy.

El caballo casi se arrastraba sobre los cuartos traseros cuando el coche se detuvo. Ante los rugientes suspiros del animal, el comerciante de frutas se subió. No miró

hacia atrás. El Este era un resplandor a la luz de luna, que brillaba en los cielos grises como una pequeña ventana circular de vidrio plano.

—Espera aquí —dijo el comerciante de frutas al conductor del coche en medio la desolación.

—Está usted bastante cerca —dijo el otro mientras sacudía la cabeza.

—No tardaré —dijo el comerciante.

¿Qué quiso decir con eso de estar cerca?, era la pregunta quejumbrosa que el comerciante de frutas se hizo para sí mismo mientras caminaba los pocos metros restantes hacia la cima de una pendiente. Estaba cansado, anciano, y tenía frío. Una mirada patética, casi de tristeza, apareció en su rostro. Tosió. Le respondió el más leve eco del bosque que bordeaba el carril. La hierba, cristalizada con escarcha, amortiguaba sus pasos. ¿Qué había querido decir con eso?, se repitió.

Cuando perdió de vista al conductor y a su vehículo debajo de la ladera de la colina, el comerciante de frutas hizo una pausa y levantó los ojos. Como si estuviese en los confines del mundo, el campo se extendía ante él sobre praderas cubiertas de escarcha, bosques y senderos serpenteantes. Y había una sola casa a la vista: una casita pequeña, destartalada, sin luz, acurrucada, con techos de paja y paredes irregulares a la luz de la luna. Y allí, estirándose hacia los cielos vacíos, con sus ramas barriendo las estrellas, estaba el árbol.

El comerciante de frutas lo miró, como un belio obeso y diminuto en las murallas del Edén. Había sido engañado. Debió haber adivinado la fatuidad de su empresa. La casa estaba vacía. ¿Por qué había soñado lo contrario? Simplemente porque todos estos años le habían engañado haciéndole creer que había una especie de honestidad en su medio hermano, pero solo había algo quijotesco, estúpido, terco, demente; nada más que mentiras.

Esa abeja en su sombrero, esa serpiente en la hierba; nada más que mentiras. No había ningún principio por el cual pudieras juzgar a un hombre así; y, sin embargo, bueno, él era como cualquier otra persona. Dale una probada de los dulces del éxito, y su jactanciosa soledad, su desprecio por las meras debilidades de la vida, su pretendido disgusto por los hombres más capaces y de cabeza cuadrada que él, se habrían desvanecido en el aire.

Descubrió que había tontos en el mundo que pagarían noventa y siete guineas por un sorteo de segunda o tercera mano.

—Tienes razón —se dijo—. Me largo de aquí.

Una sonrisa despectiva, pero lúgubre, se apoderó de las facciones del comerciante de frutas. Sería honesto al respecto. Disfrutaba positivamente reconocer cuando un rival lo había superado. Incluso podía admitir que ciertas supersticiones lo perturbaban. Había sido lo suficientemente tonto como para dejarse impresionar, y asustarse, por un simple árbol.

Lo miró desde allí, esa hierba magra y prodigiosa; y luego, con una mirada furtiva sobre su hombro redondo hacia la cresta de la ladera detrás de la cual se abría camino de este paisaje invernal, y de cada recuerdo del bufón que lo había engañado, descendió lentamente la colina, abriendo la puerta, y entró en el jardín helado, desatendido.

Una vez más se detuvo en su abrigo de friso, y miró hacia las enormes ramas gélidas. Las yemas verdes y vivas de sus frutos estaban acurrucadas en sus somnolientas defensas. Incluso el comerciante de frutas podía distinguir entre las frutas inmaduras y las podridas. Y mientras miraba, dos pensamientos corrieron como ratas fuera del revestimiento de su mente. Esas ramitas delgadas y encogidas, esos enormes huesos, ¡el árbol estaba muerto!

Parecía que alguien, una sombra, una silueta, merodeaba el esqueleto de madera. Respiró profundamente. Los correteos contra las paredes de su cabeza cesaron. No había necesidad de alarmarse. Era una ilusión óptica; nada más.

El árbol estaba muerto. Eso estaba claro: una cosa demacrada, negra y sin savia. Pero la sombra, la silueta desgarrada, alzada a medio camino entre sus ramas, no era un cuerpo humano acurrucado. Era un mero parásito: muérdago, y marchito, para colmo. Esa suave sacudida, esa oscilación en forma de esqueleto que pendía de lo alto del árbol era solo el toque de una leve brisa a la luz de la luna, golpeando ramita contra ramita.

Un cadáver a la vez era suficiente para cualquier hombre en una noche como esta, y en un país tan triste como las llanuras de Gomorra. Pero lo cierto es que había algo horrible en el conjunto retorcido de ramas sobre su cabeza, algo que le produjo náuseas.

¡Gracias al Señor su medio hermano no le había enviado frutas de aquel árbol.

Para esto lo había llamado, para jactarse de una vida inútil a costa de otras personas. Y ahora volaba el astuto pájaro. El insulto del triunfo de su medio hermano apuñaló al comerciante de frutas como una espada.

Un repentino mareo, el rugido del agua, en alguna parte, reverberó en sus oídos. Metió una mano cautelosa en el pecho de su abrigo y bajó los ojos. Reparó en el escarpado tronco una vez más. La corteza había sido de un gris rojizo, parecido al del

haya. Además de un brillo particular debido a la escarcha que lo cristalizaba, como la piel de una cosa muerta, esa corteza ahora sugería la textura de la lepra. A medio camino del tronco sin ramificar, a una altura de cinco a seis pies del suelo, apareció una cicatriz amplia y peculiar.

El gris iridiscente aquí terminó abruptamente. Por encima se extendía un anillo de color más oscuro, ocupado, dentro y fuera, con pequeños grupos de hongos llamativos.

El comerciante de frutas pasó una mano por la herida. De manera limpia y precisa, la corteza gruesa del árbol había sido cortada, y a una altura demasiado alejada del suelo como para que haya sido obra de cerdos o cabras. Estaba perfectamente claro: la piel protectora de la savia había sido cortada deliberadamente. El árbol había sido asesinado.

El comerciante de frutas se volvió sigilosamente y examinó una vez más la casa de su medio hermano. El movimiento lento y casi furtivo de su cabeza y hombros sugirió que la acción fue involuntaria. Desde este lado del jardín, el aspecto de la choza era aún más abyecto y desconsolado. Su única chimenea no tenía humo. Los rayos de luna llovían suavemente y sin piedad sobre las paredes de piedra, las ventanas tapiadas, la paja devastada por los pájaros.

Solo un espectro podría contentarse con tal vivienda. Sin embargo, la casa todavía estaba habitada, ya que un delgado rayo de luz ámbar se asomaba en un ángulo obtuso desde una grieta en el encofrado de madera. Por un momento el comerciante de frutas dudó. Podía salir del jardín y recuperar su carruaje sin acercarse a la casa; aún podía lavarse las manos una vez más.

Ciertamente, después de ver el traicionero trabajo del maníaco en este árbol único creado por Dios, no tenía el menor deseo de confrontar a su medio hermano. Todo lo contrario. Preferiría arrojarle otras cien libras y olvidarse del asunto. Pero había algo vil en su entorno. En sombras tan negras como la brea, como estas, cualquier criatura malvada, cualquier criatura inconcebible, podría permanecer en secreto.

Si el árbol vivo era capaz de atraer una fauna extraña, desconocida, hacia su néctar, el árbol muerto podría invitar a seres menos agradables. En cualquier caso, estaba preparado. Cuando la mente está llena de asco e inquietud, no hay lugar para el miedo físico. Simplemente quieres liberarte, huir.

Sin embargo, con gran precaución, el comerciante estaba yendo hacia la casa. En una noche completamente oscura, podría haber dudado. ¿No tenían las serpientes venenosas la costumbre de descansar en las grietas y huecos de la madera? Pero tan brillante era la luna, tan quieto estaba el cielo estrellado que podía escuchar e incluso ver las semillas de las humildes malezas que se dispersaban de sus vainas.

Y al acercarse por fin a la casa, como una sombra, se detuvo una vez más y respiró hondo, Fijó su mirada en la grieta por la cual brotaba un delgado rayo de luz.

Tan artificialmente brillante era la habitación interior en comparación con la luz de la luna llena que, por un momento, no vio nada. Después de un tiempo sus ojos se fueron acostumbrando. Con los dedos aferrados al alféizar helado, se quedó allí, como si no lo hubieran notado.

A un metro de distancia estaba el rostro de su medio hermano. Fue una de esas visiones que pueden perseguirte hasta el día de tu muerte. Estaba coronado por una especie de gorro de dormir y era casi irreconocible. Algo, los años solitarios tal vez, habían causado estragos en las características que una vez le fueron familiares. Las cejas que sobresalían por encima de los pómulos angulares se parecían a dos piedras pulidas. Las orejas se destacaban como las alas de un murciélago. Inmóvil, la lámpara de parafina vertía su resplandor sobre este rostro cadavérico, revelando cada línea, cada hueso y arruga.

Sin embargo, su poseedor, este anciano encogido y espantoso en su marco de pobreza extrema, con los brazos colgando a los costados del cuerpo caído, había trabajado con ahínco. Alrededor de él se veía el fruto de su trabajo. Fijadas a las paredes de escamas, apoyadas en el destartado estante de una chimenea sin fuego, e incluso junto a los restos rancios de una hogaza de pan, había una cantidad impresionante de pinturas. Y en todas, encantador y maravilloso, estaba el árbol; a veces en el deleite de la primavera, en la tranquila maravilla del verano, en el opaco otoño, en la soñolienta gracia invernal. Los colores brillaban sobre el papel fino y áspero como diminutas lámparas.

También había dibujos de pájaros de plumaje deslumbrante, de flores y mariposas con tonos carmesí y esmeralda, rosa y azafrán, pétalos y plumas y penachos de una belleza atesorada. Y allí, una víbora con sus escamas fundidas; y una cara, una forma, capaz de despertar a un soñador en medio de un hermoso sueño.

Solo tres sonidos se oían en esa noche silenciosa, y estos eran apenas perceptibles: el débil y agudo canto de la llama en la lámpara, el aliento áspero y sibilante del artista, y el ruido de ratas correteando por allí. El comerciante miró a su medio hermano y pensó que el brazo que le había dado al árbol su quietud ahora no tenía fuerza para levantar un hacha. Sin embargo, los dedos torpes habían trabajado asiduamente.

El comerciante de frutas, espiando a la vieja criatura medio hambrienta que estaba sentada allí, quemándose rápidamente entre sus pinturas, casi explotó en una risa que tenía mucho de llanto. Estaba asustado y eufórico, mudo y lleno de palabras. Su cabeza estaba completamente vacía. La última pizca de ira y de venganza se habían desvanecido. Estaba contento de haber venido, porque ahora estaba recordando.

Lo poco que quedaba del presente y el futuro pronto sería pasado. Él también estaba envejeciendo. Su vida también estaba llegando a su fin. Se quedó mirando, oh, sí. Y ni siquiera un sobrino para heredar su pequeña y cómoda fortuna. Bienes mundanos que no podía llevarse. Tal vez legaría una parte a la caridad, cumpliendo con su deber en un mundo codicioso e ingrato a pesar de que pronto también se estaría lavando las manos.

¡Todo es desperdicio, nada más que desperdicio! Pero le agradeció al Señor que había mantenido su cordura, que a pesar de todo era respetado.

No negó el reconocimiento a la obra del viejo loco de su medio hermano. Se venderían. Alguien lo haría. ¡Noventa y siete guineas! Había más dinero en esa choza pestilente de lo que él mismo podía reunir en una vida de trabajo decente.

Y había tontos en abundancia, tontos ricos, diletantes, que pagarían. Gente que nunca sabrían que P. P. había destruido al árbol que lo había dado todo por él. ¿Y por qué? El comerciante de frutas estuvo casi tentado de quemar la miserable cabaña sobre la cabeza de su medio hermano. ¿Quién podría saberlo? Una ráfaga de viento se agitó en la paja desgarrada, quejándose débilmente en el ojo de la cerradura.

Y en ese momento, como si un pensamiento impotente pudiera hacerse audible incluso por encima del hambriento jadeo de ratones y el silbido melancólico de una lámpara de parafina, en ese momento el semblante de un cadáver, casi al alcance de un dedo al otro lado de la mesa, lentamente se levantó de su trabajo. Parecía estar buscando a través de la grieta del obturador, como si estuviera en el cerebro del comerciante de frutas. La mirada lo atravesó como una avalancha.

No. Se había alejado de las paredes impías tan suavemente como un inmenso saco de heno. Estos no eran ojos en ese semblante abominable. Moteados, grises, verdosos, desenfocados bajo la protuberante estera de cejas, permanecieron tan quietos como un mar salado y estancado. Y en sus elevadas profundidades, extendiéndose en interminables distancias, el comerciante de frutas había visto regiones de un país donde ni por amor ni por dinero podría cosechar una fruta, una pepita.

Y floreciendo allí, junto a un arroyo vidrioso en la distancia, estaba el árbol.

En años posteriores, una figura vieja, gorda, vulgar, amortiguada en un patético chal, a veces se veía sentada en un lugar de honor de la casa de subastas, con su sombrero duro y cuadrado sobre un cráneo grueso y calvo. Comprar cada obra de P.P que entró en el mercado fue un sueño más allá de la avaricia de un multimillonario. Pero pequeños escarabajos o larvas estaban al alcance del bolsillo del comerciante de frutas.

Luego, en el secreto de su hogar, entregaba estas obras a las llamas.

Pero dado que su médico le había advertido que cualquier manifestación de pasión probablemente sería su fin, evitaba constantemente pensar en el árbol. Sin embargo, allí crecía, imposible de barrer de su desvanecida imaginación.

Murió en una negra madrugada de invierno, y tan pacíficamente como un niño, soñando que estaba mirando a través de una grieta de lo que no parecía ser el infierno, sino el limbo o el purgatorio, el lugar de los espíritus difuntos.

Porque allí estaba sentado su medio hermano, muy, muy quieto, y todo alrededor de él brillaba para ser visto: pájaros alegres y pintados, flores de cristal, mariposas de damasco; y, por así decirlo, sífides y salamandras, formas de una belleza sobrenatural. Pero todos ellos estaban sobrenaturalmente quietos, como si fueran parte de un espectáculo, como si estuvieran disecados.